



"Hoy el traductor ya no está solo"

En esta entrevista, el traductor español Xosé Castro Roig, brinda una serie de consejos para el trabajo del traductor bajo la crisis global: dice que esta época brinda la posibilidad de trabajar en comunidad. También afirma que la curiosidad debería ser una característica innata del profesional y que la computadora debe ser la máquina que mejor maneje un traductor.

— ¿En qué se distingue básicamente la labor del traductor de este siglo con aquella que identificaba a sus profesores?

— Hoy en día, muchos de nosotros traducimos material que ya ha llegado al destinatario en el idioma original, especialmente si tiene que ver con la informática, Internet y las nuevas tecnologías. Hace pocas décadas, el traductor era un paso intermedio entre la invención, la novedad o la idea original, y el destinatario hispanohablante, y aunque en algunos ámbitos esto sigue siendo así, hay otros muchos en los que el destinatario de nuestros textos ya ha trabajado o trabaja con el original. Un ejemplo podrían ser los programas de correo electrónico o navegación en Internet, de creación de blogs y otros. Traducir en estos ámbitos es como llegar a un lugar en el que la gente habla *espanGLISH* y está acostumbrada a referirse a ciertos elementos en inglés, y decirles que, a partir de ahora, eso ya tiene un nombre en castellano. Muchos de ellos dirán que tu traducción no encierra todos los matices del inglés; otros dirán que por qué no lo dejamos en inglés, que ya están acostumbrados; y otros dirán que aunque no son traductores, tienen mucha más experiencia que tú en este ámbito y se arrogarán el papel de autoridades en la materia, que lo son, pero esto no les confiere el título de lingüistas o traductores competentes. Esto es, para mí, uno de los grandes retos de los traductores de tecnología actuales. Yo he tenido un sinnúmero de reuniones exasperantes con personas sin conocimientos de lengua (pero eran mis clientes o tenían el dinero, la tecnología o los conocimientos técnicos) que me hablaban de la conveniencia de no traducir términos como *email*, *forward* o *post*, *to run*, *rename* o *edit*. Por suerte, muchos traductores cumplimos con nuestro papel de intermediarios y transmisores de cultura, y ahora casi nos hace gracia que

alguien pudiera pensar que esos términos no tenían una traducción comprensible, que el término en castellano adolecía de un «vacío de significado» y lindes de esa índole. En resumen, en otros tiempos, el traductor estaba más solo y asumía su responsabilidad con más redañes: era neólogo, creador y transmisor de lenguaje. Ahora somos más, estamos asociados, en permanente comunicación, participamos en listas, rezamos a «San Google» y nos postramos de hinojos ante el altar de la Wikipedia, buscamos «¡glosarios, glosarios!» y no nos documentamos, porque la tecnología, que parecía que iba a permitirnos hacer el trabajo más rápido y dilatar, por tanto, las fechas de entrega, ha servido para lo contrario. Creo que los colegas que me lean entenderán ahora por qué me irrito tanto cuando un colega me dice que dejó palabras sin traducir en un texto suyo «porque el cliente me lo exigió» y ese colega no opuso resistencia ni cumplió su obligación de desasnar a su cliente. Por supuesto, esto es algo que hay que saber hacer con asertividad, tacto y mano izquierda, pero hay que hacerlo.

— Para el contexto actual, ¿cuál sería la formación ideal de un traductor?

— Tenemos que dejar de ver la informática como una ciencia ajena a nuestra profesión, como algo operativo o una cuestión de gustos. La computadora es la máquina que mejor debe manejar un traductor en su vida. El objetivo es que ninguno de los programas que manejamos, el sistema operativo, los métodos de documentación... tengan secretos para nosotros. En mis cursos de informática demuestro que gran parte del tiempo que pasamos delante de la computadora es tiempo perdido, estéril; una pérdida valiosa de horas que debimos invertir en manejar más rápido nuestros instrumentos de trabajo. Y

sin embargo, cuando doy los cursos y demuestro que perdemos muchas horas por no saber buscar o no saber manejar Windows y Office, aún hay colegas que dicen que no tienen tiempo para aprenderse cuatro trucos que ahorran tiempo. Nos resistimos a la tecnología; quizá porque esta profesión se consideró siempre una rama de las Letras y seguimos envolviéndola de un halo poético —que lo tiene, porque está en una tierra media entre el arte y el oficio— que a algunos se les antoja incompatible con la tecnología. Aclarado lo antedicho sobre la parte instrumental y los adminículos de nuestra profesión... la formación ideal ahora es la misma que antaño: recreación, lengua de destino, lectura, redacción y formación continua. Es decir: 1) nosotros no sólo trasladamos letras, palabras y párrafos, sino que recreamos mensajes en otro idioma, que al ser leídos, deben crear en el lector la sensación de que fueron pensados en el idioma de destino y no resultar artificiosos; 2) nuestra lengua madre —y la que debemos dominar totalmente— es la lengua de destino, y a sus hablantes y lectores es a quien debemos satisfacer; 3) nadie puede ser buen traductor sino es lector, sino lee —de una forma analítica, además— textos clásicos y de vanguardia; 4) del mismo modo, los traductores somos escritores, y debemos practicar y componer, y tenerlo presente cuando escribimos relatos, poemas o cartas...; y 5), por último, esta profesión evoluciona permanentemente y debemos estar al día de los cambios tecnológicos, de uso del idioma y de norma académica, acudir a cursos, tertulias... y participar en asociaciones e integrarnos en la comunidad de traductores.

—¿Acaso el traductor necesita de experiencias diferentes como viajar, estudiar disciplinas poco comunes para complementar su formación?

—Esto es algo que me cuesta transmitir a mis alumnos y fácil de entender cuando se practica: yo he apren-

dido más y he obtenido más beneficios para mi profesión viajando e interesándome por otras ramas del saber que estudiando estrictamente traducción, sin lugar a dudas. El adjetivo que define a los traductores es el de *curioso*, incluso *chismoso*. Debemos ser curiosos compulsivos; cualquier tema debe interesarnos, porque podemos acabar traduciéndolo en algún momento. También debemos, como ciudadanos, esgrimir nuestro derecho a recibir información en castellano correcto y reclamar a las empresas públicas y privadas que traduzcan y redacten bien. Nos quejamos mucho en los cafés y poco sobre el papel.

—¿Qué se necesita saber o tener para ser un buen traductor en el área de localización?

—Para dedicarse a esta especialidad se necesita una formación específica en varias materias y tener soltura en el manejo de ciertos programas —de traducción especial y memorias de traducción—, además de entender qué es el código de programación para poder entrar en él sin miedo, sabiendo qué partes pueden modificarse y cuáles no. Asimismo, debemos tener unos conocimientos más que básicos de lenguaje HTML y XML, y entender el concepto «interfaz de usuario» y las constricciones que impone al traductor. Por último, saber que en la traducción de programas tiene que haber un orden natural, en el que primero se traduce la interfaz y luego el resto: documentación y ayuda en pantalla. Por cierto, voy a pecar de clásico, pero a mí me gusta llamarlo «traducción de programas»: creo que lo de *localización* es un anglicismo innecesario.

—¿Cuánto complican la aparición de jergas, argots utilizados en el mundo económico, jurídico, social en el momento de traducir un texto?

—Cada sector tiene su argot, pero a veces, lo más complicado es hacer entender a los «expertos» de ese sector que algunos de estos términos que consideran argot específico de su especialidad (invariable, por tan-

Xosé Castro Roig

Traductor español, especialista en procesos de localización.

Es asesor del Centro Virtual Cervantes del Instituto Cervantes.

Ha traducido materiales de nuevas tecnologías y ha realizado doblaje y subtítulos de películas para Warner Bros, Polygram, 20th Century Fox, etc.

Ha trabajado en el manual y en la Ayuda del diccionario en CD-ROM del *Diccionario de la Real Academia*.

to) no son más que castellano mal hablado o extranjerismos innecesarios. En el ámbito jurídico, algunos abogados —y traductores jurídicos— confunden el principio de redactar de un modo intencionadamente ambiguo con... redactar mal. Por ejemplo, en informática, podríamos decir una frase como esta: «Puede usar el depurador interno de la herramienta de programación C++ para depurar código distancia y empaquetar aplicaciones» es argot, pero *runear*, *printear* o *deletear* son simples incorrecciones. Y esto tenemos que explicarlo muchas veces al lector, al cliente y al técnico en la materia. Cada uno sabe mucho de lo suyo, pero nosotros somos los que sabemos de lengua.

—¿Cómo influyen las leyes del mercado en la formación del traductor?

—En este mundo en el que ya sólo quedan las fronteras físicas, pero casi no existen las cibernéticas, estamos expuestos a los vaivenes de la oferta y la demanda, y a las crisis económicas de cada país. Si Argentina tiene crisis, por ejemplo, la traducción al castellano se tambalea, porque es un país grande con traductores bien capacitados, y esto afecta indeliblemente a las tarifas de la traducción a escala mundial. Lo mismo ocurre con los Estados Unidos, que es el principal productor de tecnología del mundo. Cuando se produjo el atentado de las Torres Gemelas, la economía estadounidense fue como si se detuviera, con todo lo que eso implica. Recuerdo que en los tres meses siguientes no gané ni un peso. También creo que el mercado, a niveles macroeconómicos, no sólo se rige por planteamientos económicos sino de calidad, igual que lo hacemos nosotros en nuestra vida diaria. Los clientes y agencias —yo mismo, cuando subcontrato— no buscan siempre la traducción más barata, igual que nosotros no compramos la ropa o la comida en donde cueste menos, sino que entramos a valorar otras cuestiones. Por eso muchos colegas argentinos están sacándole un justo provecho a la globalización trabajando para otros países (en euros o dólares) con las mismas tarifas que estadounidenses o europeos, porque sus clientes no buscan lo más barato, sino profesionalidad, seriedad, capacitación y competencia lingüística.

—¿Cuál es su evaluación del e-learning? ¿Es una opción válida de aprendizaje?

—Yo imparto muchos cursos y estoy contento con el resultado en líneas generales, aunque nunca puede equipararse a los cursos «presenciales», pero, sin duda, es un magnífico instrumento de aprendizaje. El resultado es mejor cuanto más tiempo pue-

da dedicar el alumno a participar en la plataforma de ciberaprendizaje (chat, correo interno, debate con otros compañeros o con el propio profesor, videoconferencia, etcétera).

—¿Podría darnos un par de ejemplos de trucos informáticos para traductores?

—En Office: sólo con saber manejar Ctrl+G (guardar documento), Ctrl+F4 (cerrar documento), Alt+F4 (cerrar programa), Ctrl+F6 (pasar al siguiente documento) y Alt+Tab (pasar de un programa abierto a otro) o saber las combinaciones de tecla para desplazarse y seleccionar con más rapidez (Ctrl+flechas, Mayús+Control+flechas...) o aplicar los formatos más habituales (negrita: Ctrl+N, cursiva: Ctrl+K), nos ahorraremos docenas —sí, docenas— de horas de trabajo al año. Según mi experiencia, donde más tiempo pierden los traductores —ya que hablamos de muchas horas semanales— es, sin lugar a dudas, en la búsqueda documental. En ocasiones, incluso, hay traductores que no encuentran la información que buscan, a pesar de que está disponible en Internet. Sólo con que dediquemos diez minutos a leer y aprender media docena de opciones de búsqueda avanzada de Google, ahorraremos días de trabajo al cabo del año. Así que, querido colega, cuando leas esto debes preguntarte: ¿por qué no lo hice antes? Los métodos para mejorar nuestro desempeño, habilidad y rapidez a la hora de traducir son gratuitos y están al alcance de la mano. Recuerda lo más importante: de nada sirve dar un par de trucos sino cambias tu mentalidad respecto a la computadora.

—¿Cuál es la actitud adecuada de un traductor ante la crisis global?

—Sin duda, diversificarse, porque si sólo te dedicas a una especialidad y ese sector pasa por malos momentos, lo vas a notar más. Además, cuando hay crisis, la gente que trabaja con tarifas más bajas se ve más afectada que aquellos que se rigen más por criterios de calidad.

—¿Cuál es la mayor angustia de un traductor? ¿La página en blanco?

—¡La mayor angustia es no tener trabajo! En serio: supongo que tener que decidirse entre dos buenas ofertas que llegan al mismo tiempo o enfrentarse a una traducción de un tema que no dominamos por completo (es una angustia y un reto). También es angustioso el delicado equilibrio entre tarifa, calidad y plazo de entrega. Cada elemento de esta tríada influye en el otro decisivamente y buscar el equilibrio es importante.